



VOL: AÑO 5, NUMERO 13
FECHA: MAYO-AGOSTO 1990
TEMA: CRISIS AGRICOLA Y POLITICAS DE MODERNIZACION
TITULO: **Nota introductoria**
AUTOR: *Michelle Chauvet S. [*]*
SECCION: Notas y traducciones

TEXTO

Una interrogante que persiste en la mayoría de los estudios sobre la sociedad rural, ya sea directa o indirectamente, es acerca del futuro que le espera a su población. El trabajo de Claude Faure que a continuación se publica, se sitúa en esta línea.

El debate sobre este tema ocupó a los científicos sociales en los años setenta, desembocando en la polémica sobre la desaparición o no del campesinado, sin embargo hoy día al inicio de los noventa si bien no es el núcleo de la discusión, son evidentes una serie de transformaciones en el ámbito internacional, que abarcan tanto las relaciones económicas entre países, como cambios políticos e ideológicos de gran envergadura, que la reflexión sobre ese devenir del campesinado mexicano ya es un presente. Es en el contexto de esta coyuntura histórica que debe entenderse el documento "El campesino, el centro y la periferia"

Para el autor la modernización y la no-modernización de las agriculturas del Tercer Mundo acusan un mismo resultado: la migración de los campesinos a las grandes urbes. Si bien este cambio demográfico de población rural a población urbana no es exclusivo de sociedades como la nuestra, existe una diferencia sustancial: el ritmo con que se dio este fenómeno en los distintos países. El caso de Estados Unidos y México es un buen ejemplo, mientras para la sociedad norteamericana ese viraje de preeminencia de población rural a urbana se llevó cerca de un siglo, en México sucede en el lapso de treinta años. En 1950 la población rural significó el 57%, para 1980 era del 40%.

Este simple hecho da cuenta de la disparidad con que en un país y en otro se ha dado el cambio. No obstante, no podemos autoengañarnos y pensar que la sobrepoblación de las ciudades es sinónimo de pobladores urbanos. Faure analiza esta problemática del campesino que abandona su comunidad y su parcela, sin ser todavía un asalariado del capital industrial, a la manera como sucedió en las sociedades europeas y norteamericana. El autor se adentra al estudio de los aspectos sociológicos del tránsito migratorio, más que a los económicos. Resalta el paso tan importante de la identidad cultural del campesino, del núcleo familiar y de las tradiciones que hacen de los pobladores de las zonas periféricas de las ciudades sujetos diferenciados del resto. Claude Faure destaca esa peculiaridad del campesino desarraigado que está como entre dos mundos que en realidad es uno solo.

No es difícil en nuestro país toparse con residentes urbanos, que en realidad siguen siendo campesinos, no por la posesión de tierra y arado, sino por su identidad cultural. Al grado que aquellos que tienen cercanas sus comunidades rurales durante la semana son asalariados urbanos y los fines de semana se dedican a cultivar sus minifundios que de

antemano saben será muy exigua su producción. Es un arraigo a la tierra más de corte cultural que económico. En palabras del autor "Conviene aquí cuestionar el famoso apego del campesino a su actividad, aún cuando obtiene de ella un ingreso bastante inferior al de los asalariados industriales. He aquí un indicio de que se trata de otra cosa que un simple modo de vida económico, es su modo de vida a secas".

Otra parte del texto se refiere a la modernización de la agricultura y la persistencia de la subsunción formal y real del trabajo al capital, fundamentalmente para el caso europeo. Para Faure estos conceptos tienen un significado distinto al que Marx les imprimió, ya que para él la subsunción se da en una economía ya de corte capitalista, y para el antropólogo francés el capital no ha invadido aún la agricultura. Este enfoque, es discutible. A la luz de la presente coyuntura, hoy es difícil sostener que el capital aún no domina al sector agropecuario.

Es precisamente el capital productivo residente en el sector agroindustrial, en manos de las empresas transnacionales quien comanda la producción de alimentos y materias primas de origen primario, a escala mundial, sin necesidad de apoderarse directamente de las explotaciones agropecuarias. Es este capital el que define qué, cuándo y cómo producir. Los acuerdos que operan en la Comunidad Económica Europea sobre la fijación de cuotas de producción a fin de que no disminuyan aún más los precios agropecuarios dan cuenta de ello.

La modernización de las explotaciones que el autor acusa como un proceso continuo responde a las exigencias de este capital productivo que requiere de bienes oportunamente, de alta calidad y bajo costo. Al sostener Faure una cierta autonomía de los productores agropecuarios del capital, el desarrollo tecnológico lo explica como el resultado de la subsunción de los campesinos. En mi opinión, las innovaciones tecnológicas que hoy día atañen directamente a la producción primaria son signo de un dominio cada vez mayor de la industria sobre la agricultura, que busca asemejar lo más posible el proceso agropecuario al industrial, donde las variables de carácter biológico, climático, del suelo, humedad, etc. dejen de representar un obstáculo para la rentabilidad del capital. La biotecnología, por ejemplo, apunta hacia ello.

En este contexto es arduo imaginar que la agricultura de tipo familiar saldrá bien librada, sobre todo si tomamos en consideración que entre los puntos a discutir que se planteó la Ronda de Uruguay en 1986, para los próximos cuatro años se incluyeron tópicos que durante años habían sido eludidos, uno de ellos es la comercialización de los productos agropecuarios, la cual tiene partidarios de los proteccionismos y promotores de su eliminación. En el mes de diciembre del presente año se llegará a una resolución dentro del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT), en ese conflictivo punto.

La decisión que de ahí se desprenda tendrá consecuencias serias, tanto para los productores agropecuarios europeos como para los latinoamericanos, asiáticos y africanos. Los acuerdos a que llegue afectarán sin duda al subsidio que ahora recibe el sector agropecuario del viejo continente, que como bien reseña Claude Faure, los precios son más políticos que económicos ya que sus objetivos son: eliminar a los agricultores menos rentables, asegurar el abasto y lo más importante, mantener la estabilidad social. ¿Podrán seguirse cumpliendo estas metas? Invito al lector a analizar los planteamientos de Claude Faure frente a los rápidos cambios que se están suscitando en las sociedades rurales.

CITAS:

[*] Profesora investigadora del Departamento de Sociología UAM-Azcapotzalco.

